



# AFORISMOS

## INSTITUCIONES, IDEAS, MOVIMIENTOS

### Corrientes artísticas y de pensamiento durante la década de 1920

El mundo artístico occidental sufrió una de sus evoluciones más convulsas durante los primeros años del siglo XX. Las artes se disponían a destruir toda la tradición anterior para utilizar esos cascotes en la reconstrucción de un nuevo modo de considerar la belleza y la creación. Cubismo, expresionismo, futurismo, creacionismo, dadaísmo y surrealismo surgieron en esos años. Mientras tanto, El art decó y la bauhaus alemana cambiaría la forma de considerar la arquitectura.

La Primera Guerra Mundial marcará profundamente a esta generación, pero sus estragos solo darán más fuerza al movimiento, siendo en los años veinte los momentos de máxima creatividad, ayudada en parte por el periodo de prosperidad que comenzó tras la guerra. Fueron tiempos breves e intensos. Terminaron con una crisis económica y el surgimiento de grupos totalitarios de todo signo que cambiaron de color al continente.

## AUTORES

### JAVIER SÁENZ GUERRA

Arquitectura, Europa, años veinte del pasado siglo: una fuente inagotable

### ANTONIO MARTÍN PUERTA

La década de los XX en los países derrotados

### JOSÉ MARÍA CARABANTE

Entre la ciencia del derecho y la búsqueda de la justicia. Pensamiento jurídico en la primera mitad del siglo XX

### JOSÉ LUIS MUÑOZ DE BAENA

El malestar en el cine. Sobre el expresionismo alemán de los años veinte

# AFORISMOS

REVISTA CIENTÍFICA EDITADA POR:  
LA ASOCIACIÓN HUMANISTA UNIVERSITARIA



PRESIDENTE

ANTONIO MARTÍN PUERTA

VICEPRESIDENTE

ALEJANDRO RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

SECRETARIO GENERAL

JESÚS F. COGOLLOS GARCÍA



# AFORISMOS

Nº 3 - 2021

DIRECCIÓN

CONSUELO MARTÍNEZ-SICLUNA SEPÚLVEDA

SUBDIRECCIÓN

ANTONIO MARTÍN PUERTA

SECRETARIO

FERNANDO ARIZA GONZÁLEZ

MIEMBROS DEL CONSEJO DE REDACCIÓN

JOSÉ MARÍA CARABANTE MUNTADA

ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA GARCÍA DE DUEÑAS

JORGE VILCHES GARCÍA

MIEMBROS DEL COMITÉ DE REDACCIÓN

ANTONIO GIMÉNEZ SÁEZ

MIGUEL MARÍA JIMÉNEZ DE CISNEROS

RAMÓN DE MEER CAÑÓN

JUAN ARTURO MORENO CABRERA

## COMITÉ CIENTÍFICO

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO (Universidad de Córdoba)

LUIS ALBURQUERQUE (Instituto de Lengua, Literatura y Antropología, CSIC)

CHANTAL DELSOL (Academia de Ciencias Morales y Políticas, Francia)

PIOTR JULIUSZ JAROSZYNSKI (Universidad Católica de Lublin, Polonia)

PAOLA B. HELZEL (Universidad de Calabria, Italia)

JULIO ALVEAR (Universidad del Desarrollo, Chile)

JOSÉ ANDRÉS GALLEGO (Universidad de Cádiz, CSIC)

COSTANTINO ESPOSITO (Universidad de Bari, Italia)

RAFAEL SÁNCHEZ SAUS (Universidad de Cádiz)

RAÚL CANOSA (UCM)

**Dykinson**

**ISSN: 2695-5253**

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970/932720407.

AFORISMOS

agradece las donaciones recibidas

y a la Dirección General de la Fundación Universitaria San Pablo CEU su colaboración.

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial  
Para mayor información, véase [www.dykinson.com/quienes\\_somos](http://www.dykinson.com/quienes_somos)

© Los autores  
Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid.  
Teléfono (+34) 91 544 28 46 – (+34) 91 544 28 69  
e-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)  
<http://www.dykinson.es>      <http://www.dykinson.com>

ISSN: 2695-5253

Depósito Legal: M-36543-2019

Maquetación: [german.balaguer@gmail.com](mailto:german.balaguer@gmail.com)

## AFORISMOS

REVISTA CIENTÍFICA EDITADA POR: LA ASOCIACIÓN HUMANISTA UNIVERSITARIA

ÍNDICE N.º 3 (2021)

### ARTÍCULOS

- ARQUITECTURA, EUROPA, AÑOS VEINTE DEL PASADO SIGLO: UNA FUENTE INAGOTABLE..... 9  
JAVIER SÁENZ GUERRA
- LA DÉCADA DE LOS XX EN LOS PAÍSES DERROTADOS..... 45  
ANTONIO MARTÍN PUERTA
- ENTRE LA CIENCIA DEL DERECHO Y LA BÚSQUEDA DE LA JUSTICIA. PENSAMIENTO JURÍDICO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX ..... 61  
JOSÉ MARÍA CARABANTE
- EL MALESTAR EN EL CINE. SOBRE EL EXPRESIONISMO ALEMÁN DE LOS AÑOS VEINTE ..... 77  
JOSÉ LUIS MUÑOZ DE BAENA
- EL IMPACTO DE LA PUBLICACIÓN DE *SER Y TIEMPO* DE MARTIN HEIDEGGER EN LOS AÑOS VEINTE EUROPEOS ..... 93  
FRANCISCO JAVIER LÓPEZ DE GOICOECHEA
- LA NARRATIVA DE LOS AÑOS 20 DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL *STORYTELLING*..... 111  
FERNANDO ARIZA

**MISCELÁNEA**

DELENDÁ EST ESSENTIA. LA BATALLA DE LOS UNIVERSALES..... 123  
 JORGE M. ALMEIDA

LA REFORMA DEL SERVICIO DE INSPECCIÓN LABORAL DEL MINISTRO DE TRABAJO FEDERICO SALMÓN AMORÍN DURANTE EL AÑO 1935 EN ESPAÑA ..... 135  
 JESÚS F. COGOLLOS GARCÍA

CON GLI OCCHI DEI RIFORMATORI: L'IMPERO ISPANICO VISTO DA CLUNY E DAL PAPATO, SECOLI XI E XII ..... 151  
 GIOVANNI COLLAMATI

**RECENSIONES**

CHANTAL DELSOL, *LE CRÉPUSCULE DE L'UNIVERSEL*, PARIS, LE CERF, 2020. 377 PP. ISBN: 9782204135573..... 171  
 DOMINGO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

ENRIQUE MARTÍNEZ RUIZ, *FELIPE II. HOMBRE, REY, MITO*, MADRID, LA ESFERA DE LOS LIBROS, 2020. 838 PP. ISBN: 978-84-9164-829-1..... 177  
 RAMÓN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

MARTÍNEZ MUÑOZ, JUAN ANTONIO: *EL DERECHO EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA*, AMAZÓN, INDEPENDENTLY PUBLISHED, GREAT BRITAIN, 2020; 2ª ED., ITALY, 2021, 242 PÁGS. .... 181  
 JESÚS VÍCTOR CONTRERAS UGARTE

# RECENSIONES



DOMINGO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

“*La modernidad envejece mal*”. Esta sentencia, casi un apotegma, destaca en *Le crépuscule de l'Universel* (Le Cerf, 2020), último libro publicado hasta la fecha por la filósofa francesa Chantal Delsol, discípula del gran estudioso de la esencia de lo político, Julien Freund.

Entre el tiempo de los apóstoles jacobinos y el fracaso de sus sucesores bolcheviques, es decir, entre 1789 y 1989, la cultura occidental reivindicó su estatus universal para extenderse por toda la tierra. Las conquistas de los europeos se asemejaban a las empresas de los predicadores. Empalmaban así con nuestra tradición más genuina, la que comienza con Pericles y su voluntad de extender la democracia a las ciudades griegas sometidas y siguió con las cruzadas de los cristianos en nombre de la verdad. Los derechos humanos representaron el nuevo rostro del discurso proselitista sin que los europeos abandonasen su condición de misioneros armados, como los llamó Robespierre.

Sin embargo, nuestra autora observa que algo ha cambiado desde hace unos años. La euforia perpetua del *Homo Festivus* que la antropología posmoderna celebraba hasta no hace mucho empieza a mostrar los primeros signos de abatimiento. La depresión parece haberse apoderado del mandarinato mundialista. Basta con observar la mueca de desagrado que se dibuja en el rostro de nuestras hasta ayer aclamadas elites cosmopolitas ante la irrupción de la “lepra populista”, como la bautizó Macron con fórmula digna de figurar en el Apocalipsis. Lepra encarnada por las legiones de nuevos bárbaros y otros jinetes escatológicos que, dentro y fuera de Occidente, han comenzado a crecer como las setas. Precisamente al tema del populismo dedicó nuestra autora uno de sus últimos ensayos, el único, de hecho, que se ha traducido a nuestra lengua (*Populismos, una defensa de lo indefendible*, Ariel, 2016).

**Una nueva guerra de dioses**

En suma, la novedad que representa la irrupción del populismo en la crisis epocal del universalismo es esta: por primera vez se amotinan frente a nosotros, occidentales posmodernos, culturas exteriores que se oponen abiertamente a nuestro modelo, no solo de forma instintiva, sino apoyándose en argumentos que legitiman otro tipo de sociedad.

Delsol llama a estas sociedades “modernidades alternativas”. En otras palabras, estas sociedades (Turquía, la China de Xi Jinping, la Rusia de Putin o la Europa de Visegrado) niegan el carácter universal de los principios que hemos proclamado por todos los rincones del mundo y los consideran como una ideología que responde a una estrategia de dominación diseñada por el *soft power* de las elites globalistas. Frente al Occidente individualista y posmoderno se yergue así un vasto conjunto “holista” que, con todos los matices que se quieran, hace de la idea de arraigo su santo y seña. El prelude de la actual controversia entre cosmopolitas y arraigados ya fue anticipado en su momento por las reflexiones de otra filósofa francesa, Simone Weil, que escribió:

“el desarraigo constituye, con mucho, la enfermedad más peligrosa de las sociedades humanas, pues se multiplica por sí misma. Los seres desarraigados tienen solo dos comportamientos posibles: o caen en una inercia del alma, casi equivalente a la muerte, o se lanzan a una actividad que tiende siempre a desarraigar, a menudo por los métodos más violentos, a los que no lo están todavía o no lo están más que en parte”.

Ahora bien, este nuevo enfrentamiento entre desarraigados y arraigados, entre los *anywheres* y los *somewheres* (como ahora se los llama con fórmula casi ritual), no es solo, advierte Delsol, el conflicto de civilizaciones del que ya nos alertaba Samuel Huntington sino que representa, por la intensidad del movimiento anti-occidental, una nueva era que marcará el signo del debate público durante mucho tiempo. La escisión o fisura se produce entre ese Occidente todavía portador de una ilusión universalista desbocada y una resistencia cultural multipolar que, apegada a la particularidad y el arraigo, reivindica el sentido común y la idea de límite, con sus Escilas y Caribdis. Delsol defiende que el universalismo posmoderno sufre del síndrome del “provincianismo del tiempo”: solo la época presente se justifica, las viejas creencias deben ser eliminadas empujando al basurero de la historia a las religiones, las naciones y los conflictos. Se trata de una nueva “guerra de dioses” e, inevitablemente, estos nuevos dioses definirán a los “genios invisibles de la ciudad”, en feliz expresión de Guglielmo Ferrero, talismanes legitimadores que determinan en el tiempo el horizonte político-moral de las sociedades.

El ensayo no solo incluye un diagnóstico sino también una etiología del crepúsculo de lo universal en la historia reciente del mundo. La raíz de esta confrontación debe buscarse en la *hibris* de la civilización occidental que, emborrachada de éxito tras la caída de su *alter ego* comunista, impulsó un programa misionero que recordaba en parte a aquel. Y es que el posmoderno ha sido concebido por la ideología mundialista en el vientre del bolchevique derrotado. La autora señala que el nuevo modelo hegemónico no trata, empero, de emular las técnicas del genuino totalitarismo de sus mayores, tema que ya abordó en su última obra, *La haine du monde* (Cerf, 2016). Los métodos violentos que caracterizaron a las utopías mortíferas del bolchevismo y del nazismo han quedado definitivamente sepultados por la historia. No obstante, la demiurgia utópica del proyecto revolucionario se mantiene como ideal en el Occidente posmoderno, que se ve a sí mismo como vanguardia en una guerra filantrópica contra la realidad del mundo y en nombre de la emancipación total del género humano. Ya nos avisó Zygmunt Baumann: un cordón umbilical ya olvidado vincula al genocidio con el proyecto moderno de purificación.

Para entender el desbocamiento del momento posmoderno, que eleva al humanitarismo moral a la altura de una verdadera religión civil, Delsol recuerda a Alexandre Zinoviev, disidente ruso que publicó después de la caída del Muro de Berlín una obra significativamente titulada *Occidentismo, ensayo sobre el triunfo de una ideología*. El argumento era relativamente sencillo. Occidente ha generado una rica civilización caracterizada por el genio del trabajo, el riesgo y la organización, que ha producido inauditos progresos en el terreno cultural, social y económico. Pero la cultura occidental se adornó con un rasgo que las otras no tienen: pretende ser LA cultura universal. Esta universalidad impregna de

sacralidad las aspiraciones de sus principios fundamentales, como son los derechos humanos y las libertades individuales. Y esta pretensión es peligrosa, ya que la convierte en una verdadera ideología. En efecto, los predicadores de la corriente occidentista posmoderna vienen marcados por el rasgo principal de la ideología: *creen que saben pero no saben que creen*. Zinoviev va todavía más lejos. Señala que la ideología occidental de los derechos humanos es la máscara engañosa tras la que se oculta una voluntad interesada de dominio, una particularidad que busca someter a las conciencias mediante los recursos psicológicos de la burla y la vergüenza.

### ¿Nihilismo o puritanismo?

En el mismo sentido, Delsol señala el error de quienes proclaman el nihilismo o relativismo de nuestra época. “*Es imposible – subraya – que una cultura permanezca mucho tiempo privada de moral*”. Nuestra época no solo no es nihilista, es puritana. Prueba de ello es que no solo juzga a los vivos sino también a los muertos. Su hipermoralismo, que ya fue convenientemente desnudado por otro filósofo francés, Pascal Bruckner, no solo se refleja ejemplarmente en movimientos contemporáneos como el feminismo supremacista del *Me Too*, el ecologismo vegano, el animalismo, el antirracismo del *Black Lives Matter* (bautizado proféticamente por Alain Finkielkraut, en su día, como el “comunismo del siglo XXI”) sino que se traslada a las relaciones internacionales, en las que rige el principio de la “diplomacia del castigo” según fórmula que debemos a Bertrand Badie. Para la comprensión occidentista de las relaciones internacionales “*gobernar consiste, a partir de ahora, en obrar como censor de la moralidad de las naciones*”. Se trata, pues, de recompensar o castigar con las nuevas tablas de la Ley, las de los derechos humanos, la protección de las minorías, las reformas morales de la sexualidad heteronormativa y de la familia “tradicional”, etc. Y es que periodos de puritanismo moralizante suceden en la historia a la caída de las religiones. Los nuevos inquisidores no solo no pierden, de la noche a la mañana, la buena costumbre de censurar sino que desarrollan nuevos sistemas de encuadramiento mental al servicio de la dictadura cordílica y victimocrática.

En un primer momento, el modelo occidental se convierte en objeto de deseo, todas las naciones aspiran a imitarlo. La modernidad occidental, observa Delsol, “no es una posibilidad que se pueda tomar o dejar. Despierta envidia y rápido se convierte en el objeto de un deseo insaciable: ‘Europa, país de santas maravillas’, decía Rozanov”. Pero, pasado un tiempo y conforme se avanza en el sentido de la occidentalización, esas mismas culturas exteriores circulan mentalmente desde el deseo emulativo hacia la rivalidad mimética, tesis que recuerda a la teoría mimética de René Girard. Chantal Delsol retrotrae esta espiral de imitación y repudio de Occidente mucho antes de la caída del bloque soviético. Advierte, por ejemplo, de que en Rusia la corriente eslavófila se desarrolla al comienzo del siglo XIX “*en reacción contra un mimetismo forzado*”. Como puede comprobarse, la heurística girardiana no es solo una hipótesis *ad hoc* sino una categoría universal de interpretación.

### Milenarismo, Katehon, drama y tragedia

Nuestra autora observa que esta guerra de dioses provoca una reacción apasionada en sentido contrario por parte de los populismos conservadores e identitarios, que se refugian

en la idea del *Katehon*, a la que la obra dedica páginas luminosas. Si el milenarismo es la imagen cristiana a la que se acoge la escatología progresista, el *Katehon*, misteriosa figura paulina de la Epístola a los Tesalonicenses que representa el dique frente la anomia del Impío, es su equivalente en la cosmovisión decadentista y desesperada de sus opositores europeos. Diagnóstico certero para esta época incierta y trágica: ni los primeros creen ya en su victoria ni los segundos creen que su resistencia prometa nada más allá de la garantía de un combate perdido de antemano.

La guerra mitológica que se escenifica en la contienda entre occidentismo posmoderno y particularismo conservador parece alcanzar su mayor incandescencia en el debate sobre la cuestión de la inmigración. En esta controversia, que encarna típicamente el conflicto apasionado de valores contrapuestos, la polarización desatada no admite equilibrios. La visión occidentista, virtuosamente interpretada a nivel político por el discurso de Merkel sobre los refugiados, exuda una visión ilimitada de la caridad cristiana y un sentido del deber de hospitalidad que no admite distinguos ni consideraciones particulares. Aquí la moral excluye cualquier valoración política y se traduce en un chantaje psicológico permanente hacia quienes se atreven a oponer la necesaria protección de la cultura de acogida. Es una verdadera guerra de valores, con el binomio Clinton/Trump como personificación histórica. Como telón de fondo, dos cosmovisiones contrapuestas. Por un lado, la modernidad psico-rígida, aspirante prometeica al triunfo sobre los elementos y sobre el destino, pretende convertir la tragedia en drama. El drama, nos dice Delso, es una historia desgraciada en la que la dirección del bien es conocida, aunque sea difícil de alcanzar. Por el contrario, el núcleo de la tragedia reside en la lucha entre valores igualmente esenciales: es una guerra de dioses. En la tragedia el héroe no es aquel que derrota al dragón (un mitologema, por cierto, al que se adhiere la cosmovisión demonológica progresista) sino aquel que descubre el equilibrio, ya que no existe un único dragón. En esta tensión el héroe descubre también su destino y el sentido del límite, valor desconocido para los posmodernos. No es el amo y señor de la Tierra. De ahí que la modernidad vanidosa no ame la tragedia, observa nuestra académica. Porque buscar el equilibrio entre valores contrapuestos es demasiado humillante para el hombre moderno, que exige resolver hegelianamente las antinomias, disolviéndolas en la razón.

Los pueblos de la Europa central y poscomunista se burlan de esta imagen grotesca de la modernidad occidental, resumiéndola en la fórmula de Jan Kott: "*la tragedia bajo un cielo vacío*". La desgracia de los europeos consiste en seguir viviendo la misma tragedia que sufre la humanidad desde su nacimiento y en haber vaciado el cielo que todavía poblaban los espíritus de sus antepasados. Pero los pueblos, del mismo modo que no pueden vivir sin moral, tampoco pueden vivir sin dioses. El maniqueísmo parece, en este sentido, la antropoteología geminada de nuestro tiempo.

Estas categorías maniqueas se trasladan irremediablemente a la concepción de la política, que se convierte así en caja de resonancia de la moralización exacerbada de los tiempos y de la brutalización de los usos y modos políticos. En un lado del tablero (en el lado del Bien, se sobrentiende), las democracias liberales posmodernas, poseídas por la fiebre humanitaria

de la “política de la piedad” (Arendt), instalan a sus gobernantes en la cómoda posición de la maternidad benefactora, aboliendo las distancias y eliminando la mediación consustancial al ejercicio del poder. Esta dulzura democrática explica el sentimentalismo de nuestras elites políticas y mediáticas. Fascismo cordícola, lo llamó Philippe Muray. La cuestión es saber, señala Delsol, si lo que se espera de un gobernante es compasión o sentido de la justicia.

En el otro lado del tablero (el del Mal, huelga decir), están las democracias liberales que, por el contrario, destacan que la política consiste en defender los intereses de una sociedad determinada y no en ayudar primero a los otros. Insumisión pues al *Big Other* y al síndrome de la culpabilidad narcisista. Intolerable blasfemia en el universo del etnomasquismo occidental, que ha hecho de la *oikofobia* su catecismo interior.

De todo ello se sigue una multiplicación de la violencia simbólica entre posmodernos y populistas. “*Esta situación –alerta Delsol– es peligrosa para la democracia*” pues la transformación de la política en guerra y del adversario en enemigo borra la confianza en el régimen. Pasaríamos, por decirlo en los pseudo-schmittianos términos de Chantal Mouffe, de una democracia agonística a otra antagonista, prefacio de una situación de guerra civil larvada.

### ¿Otra modernidad es posible?

Ante esta situación de brutalidad simbólica y enconamiento moralista, ¿es posible hallar un equilibrio? Nuestra autora no se hace demasiadas ilusiones, pero se esfuerza en rastrear un refugio racional para la esperanza. ¿Y dónde encontrarlo? Ante el derrumbe de una modernidad monolítica, frente al crepúsculo del majestuoso concepto de lo universal que distingue a la soberbia posmoderna, parece dibujarse en nuestro horizonte histórico una pluralidad de alter-modernidades, y entre ellas también hay que elegir.

El totalitarismo tecnológico de la China contemporánea parece un remedio peor que la enfermedad. Tampoco la Rusia autocrática y ortodoxa de Putin puede ser un modelo a seguir para las naciones educadas en el amor por la libertad y el ideal griego de ciudadanía. Al otro lado del Atlántico, demasiado lejos de Europa, queda la experiencia aventurera de Trump. Mucho más lejos queda el Islam fundamentalista, ya sea el de los jeques y sus petrodólares o el de la Turquía de Erdogan, rostros ambos de una modernidad Frankenstein, aberrante y monstruosa. Sin embargo, en el centro mismo de Europa, los países del llamado grupo de Visegrado, sí parecen representar ese equilibrio. Equilibrio entre tradición y modernidad, entre emancipación y arraigo, entre realismo cínico y utopía milenarista, entre individualismo posmoderno y holismo identitario, entre lo universal y lo particular. Lo curioso es que países como Hungría o Polonia sean tan diabolizados por la vulgata posmoderna como todos los anteriores o incluso más, pues como advierte con lucidez Delsol, el reproche es mayor para los que se empeñan en bajar voluntariamente los escalones de la modernización que para los que aún no los han podido subir sin culpa. No se trata de dictaduras, aclara Delsol –estudiosa del pensamiento político de esa Europa Central que se descentró de Occidente con el Telón de Acero– sino de democracias que quieren poner ciertos límites a la libertad. En otras palabras, que anteponen el orden a la libertad pues entienden que no hay libertad sino dentro de un orden. “*La verdad política, cualquiera que sea su forma, no es más que el orden y la libertad*”, proclamaba Chateaubriand. La *hibris* posmoderna

parece haber olvidado la primera parte de la ecuación. Para Delsol, ordoliberal coherente con nuestra tradición occidental que es tradición de la libertad, se trata de recuperar esa armonía cada vez más difícil en medio de esta conflagración simbólica provocada por la ideología occidentista. “*Particular y universal: ni uno ni otro es un valor absoluto. El exceso de uno u otro es nefasto*”. Ciertas ideologías absolutizaron uno de los dos valores en detrimento del otro. El nazismo absolutizó lo particular. El comunismo absolutizó lo universal, y esa misma pretensión anida también en lo más hondo del discurso y programa posmodernos. En una situación real, humana y encarnada, las dos exigencias coexisten en lo que Romano Guardini, a quien apela Delsol, llamaba “unidad tensional”. Para defender estos valores parece imprescindible elevar la temperatura moral y espiritual de nuestro tiempo sin olvidar el mensaje contenido en el célebre discurso sobre el valor pronunciado por Solzhenitsyn en Harvard el 8 de junio de 1978.

“Una Europa fundada en el personalismo en vez del individualismo hubiera escapado de este momento difícil”, declara Delsol al final de su obra. Una apuesta por el personalismo clásico y comunitario. Por un sentido del arraigo no reñido con la libertad. Por una idea de libertad no solo al alcance de ángeles nómaditas sino de cuerpos y almas que conservan su devoción por las tumbas de sus antepasados. Bien podría resumirse todo esto con las palabras de nuestro Juan Ramón Jiménez: “*Raíces y alas, pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen*”. Unas palabras con las que la filósofa francesa bien podría haber sellado el mensaje que encierra su sugerente ensayo.

ENRIQUE MARTÍNEZ RUIZ, *FELIPE II. HOMBRE, REY, MITO*,  
MADRID, LA ESFERA DE LOS LIBROS, 2020. 838 PP. ISBN: 978-  
84-9164-829-1.

RAMÓN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Hace unos meses Geoffrey Parker en un artículo dedicado al Emperador, publicado en el primer número de la revista *Aforismos* se preguntaba retóricamente “¿El mundo necesita verdaderamente otra biografía de Carlos V?”. Ese mismo interrogante se puede plantear para este libro cambiando el nombre de Carlos por Felipe II. La respuesta: necesidad, necesidad no es inexcusable, pero conveniencia y oportunidad sí, sin duda. El Rey Prudente es un personaje histórico inagotable. Es verdad, la dificultad de sacar a la luz alguna vertiente inédita de su personalidad, de su gobernanza y de sus estrechos lazos con la religión y la cultura de su tiempo. Son legión, se cuentan por miles, los títulos dedicados a glosar alguna faceta del hijo de Carlos e Isabel y de su reinado, pero, no obstante, siempre, para el interesado en la historia, es bien recibida cualquier aportación destinada a ampliar el horizonte de conocimientos.

Por todo ello, este *Felipe II* es bienvenido y bien recibido. Obra voluminosa, más de ochocientas páginas, se articula en torno a tres grandes ejes: hombre, monarca y mito, siguiendo una división utilizada por el autor en un trabajo anterior publicado en 2000 y también por otros historiadores (Fortea). En la presentación, ante “la percepción fragmentada de la personalidad del personaje” expone como justificación primordial, junto a otras, el propósito de integrarla en las diversas caras de su reinado y en la proyección exterior. Brinda al lector una invitación para compartir o rechazar el calificativo de “abismal” con el que hace años definió el reinado del soberano, queriendo expresar en esa palabra la idea de mediar un abismo entre algunas de sus acciones, separadas en el tiempo y en contextos distintos. Desde su primera aproximación al estudio de la época filipina, con una investigación sobre las campañas en Flandes del militar Sancho Dávila –personaje al que tal vez como homenaje o simple añoranza de juventud, hace protagonista de su novela *El Castellano de Flandes* (Madrid, 2007)– hasta la aparición de esta obra, su producción historiográfica está salpicada de numerosas aportaciones centradas en el siglo XVI y en diferentes vertientes del reinado. A través de la estructura tripartita elegida se puede seguir al detalle ese viaje por la vida, obra y “milagros” de uno de los reyes más controvertidos de nuestra historia española. Con un tratamiento desigual en extensión, poniendo más énfasis –parece coherente– en el apartado dedicado a la labor de gobernante, se obtiene una visión completa desde las perspectivas más atractivas, la real de ser humano y monarca hegemónico, hasta su transformación en mito, añorado o despreciado, en función de la óptica seleccionada, puesta al servicio de ideologías concretas. La primera parte nos muestra el perfil más humano del personaje, la familia –ascendencia, hermanos, sobrinos–, su educación como príncipe y heredero, la formación artística fruto de sus viajes por Europa con el desarrollo de la cua-

lidad de mecenas y coleccionista de piezas de arte, su pasión por los libros y la creación de una extraordinaria biblioteca, el lado festivo, muy oportuno para arrinconar el estereotipo de ser taciturno, huidizo y oscuro, pero también nos sitúa en el contexto socioeconómico de la Monarquía hispánica a través de la fisonomía de “realizador” y, en un aspecto crucial en su comportamiento como gobernante, la religión, acercándonos a sus confesores, devociones, reliquias...

Las muchas páginas dedicadas a glosar la figura de Felipe II como rey constituyen un exhaustivo examen de los hitos fundamentales de la monarquía hispana de la segunda mitad de la centuria del XVI. Un recorrido desde la herencia recibida hasta el panorama dejado al terminar sus días en 1598. Se expone el legado en territorios y en problemas heredados, la política personal y sus claves, la cotidianidad del monarca, marcada por una extraordinaria laboriosidad, una obsesión por conocer personalmente en todos los asuntos y contrastar opiniones, sus lugares de descanso –Reales Sitios–, el estilo de gobierno, la estructura polisinodial asentada y ampliada con la creación de nuevos consejos –Flandes, Italia, Portugal–, las vicisitudes de su política en los dos ejes establecidos por Martínez Ruiz para explicarla, el Mediterráneo y el Atlántico, jalonado de éxitos y de fracasos.

Varias consideraciones merecen subrayarse de esta II parte. Se agradece la exposición de las líneas de debate en determinadas cuestiones, enriqueciendo el contenido al no dar simplemente una visión lineal de sucesos sino mezclarla con interpretaciones divergentes o complementarias. Se aprecia este planteamiento en la presentación de la geopolítica y geoestrategia de la época relativas a si Felipe II tuvo o no una estrategia global, los elementos claves del reinado, definición de la monarquía ¿autoritaria, absolutista?, dónde radicaba la fuerza del príncipe o cuándo se produce el giro de la política del eje mediterráneo al atlántico. Igualmente, oportuna es la presentación de la polémica interpretativa respecto a las relaciones entre Roma y Madrid al hilo de la difusión reciente (Dandele, 2001) de la idea de control directo del Habsburgo sobre el Vaticano, una tesis matizada por historiadores italianos y españoles. Lógicamente, los debates simplemente se esbozan, se da testimonio de las líneas de discusión, sin entrar en profundidades impropias de esta biografía. En algunos casos, y hubiera gustado que en todos, o casi todos, pues conoce el reinado, da su punto de vista.

El capítulo dedicado a “La defensa. Retos y recursos”, resulta demasiado desarrollado y minucioso para el tipo de obra centrada en una persona. Sin duda, el gran conocimiento de Enrique Martínez sobre esta cuestión, considerado uno de los máximos expertos, le haya impedido sustraerse a la tentación de escribir por extenso sobre cuestiones muy conocidas para él, deseoso de transmitir y contagiar al lector de ese entusiasmo. Para quienes no estamos familiarizados con la temática resulta algo farragosa, probablemente por el exceso de palabras técnicas.

Un buen uso de las monografías publicadas sobre Felipe II y los innumerables artículos escritos sobre diferentes argumentos le permiten ofrecer una visión actualizada, sin distorsiones ni estereotipos añejos: “Gracias a tan variada producción, hoy tenemos una imagen del rey como gobernante bastante más precisa y rica, presentándonos un dignatario no tan

oscurecido o acomplejado por la imagen paterna, más autónomo y operativo de lo que a primera vista pudiera parecer y muy matizada esa dimensión fanática religiosa –sobre la que tanto se ha insistido peyorativamente–, que no desentonaba en la generalidad europea de la época”. Muy ilustrativo resulta el epígrafe “El rey y sus hombres” al permitir un conocimiento lineal, cronológico de sus protagonistas.

Es de lamentar, por la editorial, la colocación de las citas al final del libro en lugar de hacerlo a pie de página, como sería lo aconsejable para facilitar su lectura. Menos responsabilidad tiene en las inevitables erratas, propias de los duendes de la imprenta, como confundir 1593 por 1993 como fecha de traída a Toledo los restos mortales del cardenal Carranza o escribir “revelo” por “relevo”. Esto pasa en las mejores familias.

La última parte, dedicada al mito resulta sumamente atractiva y grata de leer. Familiarizados con opiniones tan radicales y desde frentes tan diversos –historiadores, literatura, políticos– como las emitidas por Claudio Sánchez Albornoz quien denomina en *España, un enigma histórico* a Felipe II “el caballero de la minucia y del escrúpulo”, Quevedo, situándole en el infierno lleno de inquisidores en *Los sueños*, las críticas de Lope de Vega en *La estrella de Sevilla* llegando la mala prensa y pocas simpatías al extremo de hacerle responsable del nacimiento de las dos Españas, se agradece el esfuerzo por presentar una visión equilibrada mediante una completa exposición del proceso de formación de la figura histórica del soberano, su leyenda, irreal como todas, pero basadas en hechos auténticos, a base de la denigración de sus más encarnecidos enemigos –Antonio Pérez, Guillermo de Orange– y de sus hagiógrafos más descarados –Lorenzo van der Hamen, Baltasar Porreño– sobre la base de un exhaustivo conocimiento de lo escrito sobre el asunto. Desde los tintes más sombríos hasta los más luminosos, con la prudencia como norte a la hora de interpretar y situar en sus justos términos al personaje, la extensa nómina de autores, juicios y razonamientos invocados permite al lector forjarse su propia opinión. Recientemente Henry Kamen, a quien a veces se ha acusado de edulcorar la figura del monarca, (*La invención de España*, 2020) sostiene que a la imagen negativa quienes más contribuyeron fueron los españoles del siglo XVI y del XIX y no los extranjeros y considera el fundamento de la mala reputación regia en los escritos de Antonio Pérez (Memorias), Gonzalez Montano (Inquisición) y Bartolomé de las Casas (Indias). En realidad, como expresó Feijoo en su *Teatro crítico universal* sirvan para el sucesor de Carlos las palabras escritas cuando habla de las cosas nacionales “unos las engrandecen hasta el cielo otros las abaten hasta el abismo”. Cielo y abismo dos caras opuestas de una misma moneda.

Comedido Martínez Ruiz en la extensión dedicada a las leyendas –negra y aurea– que, debe recordarse no solo afecta a la persona de Felipe, sino también a los españoles como pueblo, a su actuación e idiosincrasia y a la monarquía como institución, deja abierta la cuestión admitiendo el enriquecimiento del panorama por nuevos enfoques y copiosa bibliografía –de calidad discutible– y confiando en hallar un punto de encuentro al considerar el pasado de una forma “ponderada y ecuánime”, situado en su auténtico contexto europeo, donde la actuación de la monarquía hispánica no era una excepción.

Felipe II y El Escorial constituyen un binomio indisoluble y, en buena lógica, no podía faltar un apartado dedicado al monasterio-palacio-biblioteca, su construcción, sus artífices, su simbología –últimamente se incide en lo esotérico– y su aportación a la historia universal del arte.

Enrique Martínez Ruiz, al final del recorrido por las páginas del libro, en el breve epílogo, vuelve a la carga con lo de “abismal”, recabando opinión y reafirmando en el calificativo y para concluir expresa su último deseo de darse por satisfecho si la lectura de *Felipe II. Hombre, Rey, Mito* sirve al lector para “comprender mejor la figura del rey que antes de su lectura”. Puede darse por contento y, como apunta, ha merecido la pena “el tiempo invertido en escribirlo”. Para el simple aficionado a la historia es una obra amena e instructiva, para quienes hemos hecho de la historia nuestra ocupación prioritaria en la universidad y en la investigación es un libro caracterizado por un exhaustivo conocimiento bibliográfico cuyo resultado es el rigor en el contenido y, por supuesto, recomendado.

**MARTÍNEZ MUÑOZ, JUAN ANTONIO: *EL DERECHO EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA*, AMAZÓN, INDEPENDENTLY PUBLISHED, GREAT BRITAIN, 2020; 2ª ED., ITALY, 2021, 242 PÁGS.**

**JESÚS VÍCTOR CONTRERAS UGARTE**

Esta segunda edición del libro *El derecho en la cultura contemporánea*, publicada en Amazon, 2021, está dirigida al debate entre universitarios, y por medios informáticos, sobre la posición del derecho en el mundo contemporáneo. En él, el profesor Martínez nos ofrece un planteamiento original sobre el derecho y sobre algunos aspectos de la cultura conexos con lo jurídico.

Esta obra busca diferenciar los marcos de sentido que dotan de significado característico a los diversos aspectos de la cultura humana y se centra en los tres ámbitos particulares del mundo social actual: uno economicista, otro político y otro netamente cultural (procedente de la gran tradición de pensamiento occidental). Atendiendo al autor, esos contextos dotan de coherencia a lo que decimos, hacemos e, incluso, a lo que somos, de modo que, en los aspectos más significativos de la cultura, resultan inconmensurables e intraducibles.

Ello se hace patente al abordar el carácter del derecho, al que considera un peculiar factor cultural de humanización, en claro contraste con su predominante reducción a mera distribución de la fuerza organizada del estado, propia del positivismo jurídico, y ello, para trazar algunos de los principales aspectos de la inserción cultural del derecho en función de los marcos de sentido. Al considerar que el derecho es un factor cultural de personalización (un modo especial de humanización), analiza su especificidad para conservar su carácter moral desvinculándolo de su disolución económica e impidiendo su instrumentalización política. Un aspecto relevante consiste en afrontar el tratamiento de los bienes culturales, su carácter compartido o comunitario; se lleva a cabo estableciendo una distinción drástica entre lo común y lo público (que se desmarca de la simplificadora contraposición corriente entre lo público y lo privado). Con ello, asienta la idea de que la cultura, en todas sus dimensiones y manifestaciones, puede considerarse un bien común. Atribuye relevancia a este dato al afrontar la dimensión económica de la actividad cultural, de los objetos culturales y de toda la actividad económica del ser humano pese a que puede ser tratada de modo antagónico por las diferentes culturas y por la ideología. Resultan significativas, al respecto, la reflexiones que efectúa sobre el dinero y su transformación política.

Igualmente integra a la cultura, con una especial proyección jurídica, en el pensamiento resultante de la reflexión artística, filosófica y teológica que sobrepasa la plasmación en los objetos culturales para proyectarse en el ser humano que los produce. Todo ello va acompañando de diferentes ejemplos ilustrativos.

En un capítulo aparte, aborda la cuestión de la diversidad cultural, el papel de las minorías culturales y los grupos indígenas (con cultura propia), ligadas a las comunidades en el marco de las nociones políticas implantadas en el mundo social contemporáneo, “deconstruido” por la ideología política. Plantea la interacción entre los grupos con una cultura propia y el tratamiento jurídico que requieren en forma de comunidades. En otro capítulo aborda el efecto antropológico de cada cultura, o de la ideología, en el moldeado cultural del ser humano; trata de destacar el aspecto diferencial del modelo humano que produce cada cultura y el que se deriva de la implantación del mercado o de la vigencia de la ideología. Del mismo modo afronta el efecto de la inserción de los seres humanos en las diversas formas de organización; al respecto, distingue tribus, hordas, pueblos, naciones y estados, también comunidades, con el reconocimiento de un especial relieve cultural para éstas. Resulta relevante el capítulo final que conecta la situación social contemporánea con los efectos de la ideología igualitaria. Este aspecto se refleja en un ensayo sobre las distopías a las que considera fuentes primarias para entender el curso del proceso político que ha tomado el mundo moderno dirigido por el siniestro poder de la ideología mundial dominante. El carácter sugerente de esta obra hace recomendable no solo su lectura, sino la de las fuentes inspiradoras de la misma para conseguir situarnos en el mundo social contemporáneo y en sus coordenadas culturales.